

## RETRATO DE UNA CASA DE HUÉSPEDES

*AVRIL*

A los trece años de edad de Avril, su familia, que se componía de seis personas, pasaba por dificultades económicas a raíz de la separación de sus padres. Su papá continuó viviendo con la abuela en el estado de Sonora. Aún no terminaba de establecerse con mujer alguna. Él mismo narraba sus amoríos en público, con una dosis de gran crudeza, cuando de vez en cuando llegaba de visita en las Navidades.

Atada a aquella suerte, la joven familia dependía del sustento materno, con el apoyo de la hermana mayor de Avril, estudiante universitaria. No había opción. Ambas mujeres estaban pendientes de los pagos del alquiler y de recibir algún telegrama que, ocasionalmente, el padre de familia mandaba.

Varias veces, la atrevida Avril fue partícipe de aquel esfuerzo. Después de las seis, al salir de la primaria, vendió de casa en casa ricos bollos que su mamá preparaba.

Se hizo presente la ayuda de parientes de su mamá a su llegada a la ciudad de Chihuahua, pero no bastaba: eran muchas bocas que alimentar. Ella decidió rentar una casa ubicada cerca de la ciudad universitaria, la cual se convirtió en el verdadero hogar de Avril, a pesar de que era una casa de huéspedes. Pronto la cambiaron de cuarto. La estancia la convirtieron en habitación y su mamá se fue a dormir con ella para aceptar más gente. Había esperanzas, ya que no les cortarían los servicios gracias a

todos esos universitarios que ahora ocupaban los viejos sillones y el solicitado baño de aquella pequeña casa.

Necesitaban un poco más de espacio, así que compraron literas y en cada cuarto se fueron instalando más personas. Había hombres y mujeres. Al principio, su mamá aceptó hombres porque provenían de la tierra que dejaron, eran conocidos de la familia. El problema empezó cuando se fueron integrando amigos de los huéspedes y, al mismo tiempo, también estaban sus hermanas mayores, que eran casi de la misma edad y cada día se ponían más bonitas.

Usualmente se impregnaba de vapor aquella casa. Su mamá cocinaba, en amplias ollas, grandes cantidades de caldos y arroz para la hora de la comida. Era un momento muy alegre, así lo percibía Avril a su tierna edad. Le gustaba escuchar la guitarra de Ulises Mora, estudiante de ingeniería de tez blanca y negra cabellera, un tanto larga, con cejas muy pobladas, que lo hacían atractivo para las mujeres. Tenía agradable carácter y entonaba canciones de aquella época, su voz era muy fina y no hacía juego con su imagen atlética. Se sentaba bajo un árbol de aquella casa que cargaba historias.

También recuerda a otro personaje, lo llamaban Lalo. Estudiaba mercadotecnia, era un tanto robusto, de pelo lacio y de color claro cenizo. No era atractivo, pero tenía personalidad. Siempre estaba perfumado y le ayudaba la vestimenta formal; particularmente usaba zapatos de vestir con tacón, que hacían un ruido muy característico al transitar por aquel angosto pasillo. Lo recuerda sentado en la sala conversando con alguien, no muy visible quizá por el denso humo del tabaco que invadía el lugar. Era un gran conversador. Con frecuencia, Mara, la hermana de Avril, ponía atención a aquellas charlas que terminaban en debates y se extendían hasta el anochecer. Aquella sala era testigo de las historias de cada personaje que se iba integrando a una extraña y numerosa familia llena de idas y venidas.

Una de las mujeres que vivía en la casa, Lina, era guapa pero baja de estatura, lo que equilibraba su belleza. Tenía un maletín que no soltaba, y ella la veía llegar y salir con él de la mano; le intrigaba mucho su contenido. Una noche, Avril se armó de valor y entró en la habitación a sabiendas de que su madre la mataría si la sorprendía en tal misión. Se preguntaba si acaso era una espía o si tendría evidencia de un crimen. Por su actitud, creía que era detective... Un buen día la misteriosa mujer jamás regresó y Avril nunca logró abrir aquel maletín.

Esa familia ya no necesitaba de la mala suerte. Su hermana mayor había caído terriblemente enferma. Llegó a pesar veinticinco kilos; era un cadáver viviente y en las noches tenía depresiones. Solía caminar por la calle de noche en su pijama de florecitas rosas. Avril iba tras ella, la abrazaba y la regresaba; casi no tenía pelo y había perdido su menstruación, irónicamente cuando estaba por llegar la suya.

Acompañando a su hermana mayor, subían al camión. La gente la veía con horror y desagrado. Avril sentía que la protegía con la mirada que retaba a los curiosos. A los ojos de una adolescente, su hermana era hermosa, a pesar de las muestras de desprecio que por la misma enfermedad recibió de ella. Se mostraba exagerada, con cambios de carácter, demasiado irritable, con fobias, sin apetito, y de noche, en plena penumbra, comía a hurtadillas, como si alguien la fuera a condenar. Aquello que había sido sorprendente ya era llevadero.

Por esa casa desfilaron médicos, curanderos o brujos y gente religiosa que aseguraba tener el remedio para su hermana. No recuerda con exactitud los hechos, pero la enviaron a Estados Unidos, quizá con la ayuda de su papá y de las tías paternas. No había promesa de recuperación, pero al menos ya se sabía qué la aquejaba. ¿Y qué era eso? Se llamaba anorexia, una enfermedad que en esos tiempos nadie conocía. Sólo algunos famosos, que aparecían en revistas extranjeras, la habían padecido.

Avril quería escribirle a su papá y decirle: “Querido papá: hay problemas, ocúpate de esto aquí. Por favor, recuerda que te extraño”, pero todo quedó en su mente. Fueron como diez años de desafíos y, con el paso del tiempo, aquella casa de huéspedes fue cambiando de domicilio. Cada vez era mejor y las historias de los habitantes eran distintas.

Lauro, el hermano mayor, quien decidió quedarse a vivir con su padre, años después se unía a su familia para estudiar el bachillerato en Chihuahua. Fue gratamente recibido por Alberto, el menor. La segunda de sus hermanas se casó con un inquilino y se fue de la casa; la tercera de ellas se hizo novia del nuevo vecino de aquella pensión. En cuanto a la mayor, poco a poco se fue recuperando. ¿Y Avril? Ya era una estudiante de secundaria que sólo tenía en la mente el esfuerzo. Quería estudiar para comprender y apoyar a mujeres que habían sido vulneradas, como su hermana, su madre y ella misma. Personajes que aparecen en una vieja fotografía de una casa de huéspedes.

Centro de Derechos Humanos de las Mujeres, A.C.  
Chihuahua, Chih.